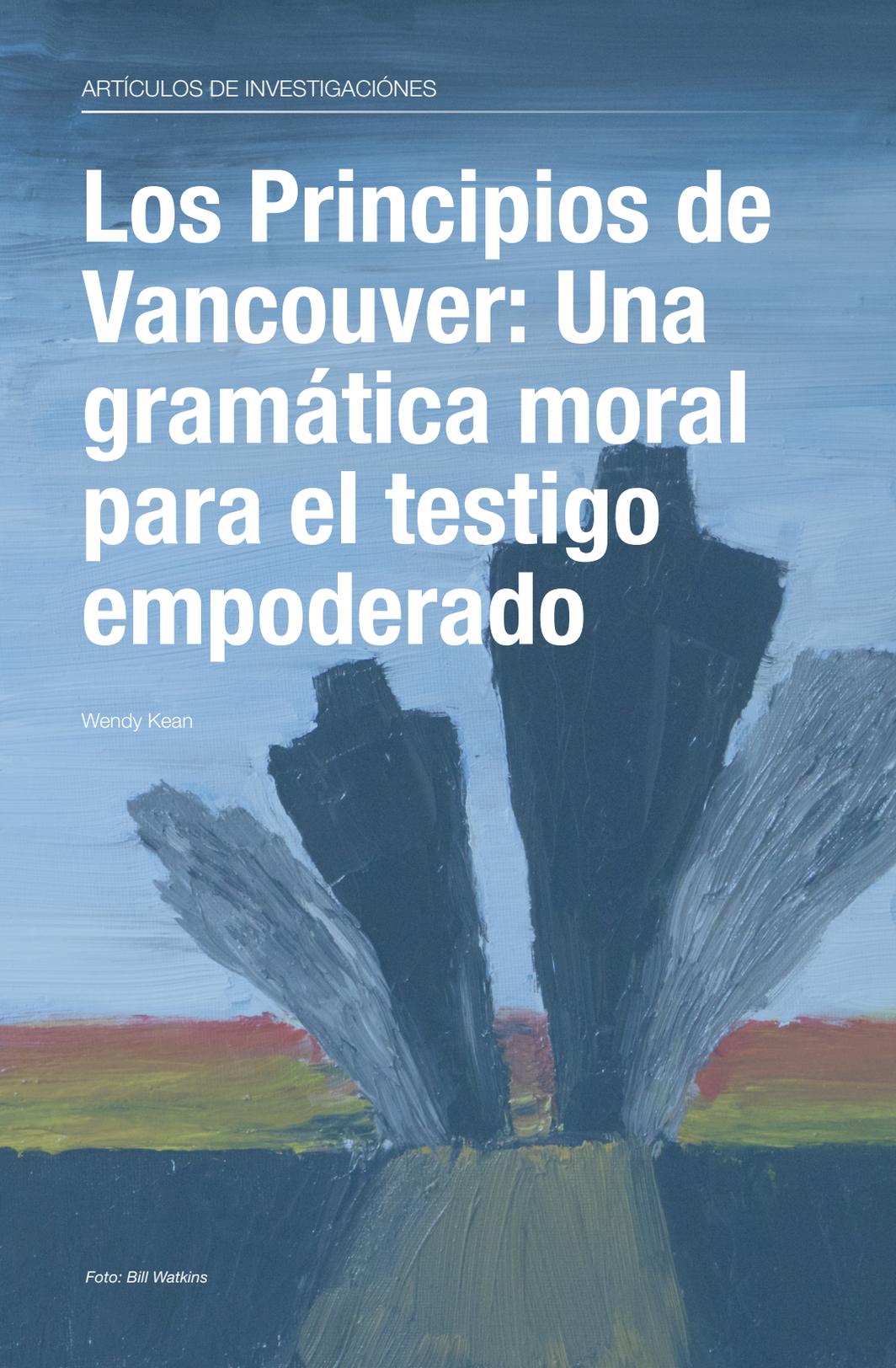


Los Principios de Vancouver: Una gramática moral para el testigo empoderado

Wendy Kean



En junio de 2014, el General (en retiro) Roméo Dallaire inició su discurso sobre el tema de los niños soldados ante el Royal Canadian Chaplain Service con las siguientes palabras: “La religión no basta para aliviar el mal del mundo”.¹ Este artículo responde a la declaración del General Dallaire al analizar cómo *Los Principios de Vancouver sobre el mantenimiento de la paz y la prevención del reclutamiento y uso de niños soldados* (en adelante, *Los Principios de Vancouver*) satisface la necesidad de un nuevo lenguaje para abordar los encuentros con niños en las operaciones. Aquí se afirma que se necesita un conjunto específico de términos acordados para apoyar a los soldados durante el ciclo de despliegue, no solo para poner fin al reclutamiento y uso de niños y jóvenes como participantes de la guerra, sino que también para sentar las bases de una gramática moral que ayude a los efectivos de mantenimiento de la paz y a otros actores en escenarios de operaciones a mantener su empoderamiento y salud mental tanto durante la misión como después.

Como capellán militar, he escuchado las historias de miembros en servicio y veteranos que incluyen sus experiencias en conflictos y operaciones en todo el mundo. La declaración del General Dallaire me dio a entender la insuficiencia del lenguaje de la religión y la ética para combatir la perversidad que tanto él como muchos otros han vivido durante las misiones mantenimiento de la paz en la década de los noventas, específicamente, en Ruanda. Su referencia a la religión pone de manifiesto las maneras en que el lenguaje, incluso la terminología religiosa, moral y legal para referirse al mal y al sufrimiento, no ha tenido éxito en abordar lo experimentado por veteranos de operaciones durante el último siglo. Esto fue particularmente evidente en el caso de operaciones ejecutadas con el patrocinio de las Fuerzas de Paz de las Naciones Unidas en conflictos que involucraron a niños soldados.

El término “niño soldado” es de por sí complejo debido a que combina dos palabras que no debieran ir juntas; aún así, se necesitan ambas para referirse al fenómeno de los niños y jóvenes que desempeñan uno de los roles más cuestionables en términos morales en un conflicto y para desarrollar medios para corregir tal flagelo. Es un hecho que los niños participan en conflictos armados como combatientes y también en funciones de apoyo, así como que las fuerzas armadas profesionales deben interactuar con ellos. Se necesita una gramática para el encuentro con todos los menores en las operaciones debido a que las normas morales para los soldados y otros actores de seguridad son las mismas que para el resto de nosotros, incluso si el contexto plantea peligros físicos, psicológicos y morales. Como señala Shannon French, “Existe solo una esfera moral y [nuestras] acciones en la guerra y en la paz son juzgadas según el mismo conjunto de valores y principios”.² Los soldados y otros actores legítimos del ámbito de la seguridad saben que muchas de las cosas que se les ordena hacer o ver son incompatibles

1 Roméo Dallaire, presentación ante el Royal Canadian Chaplain Service, LA VOCACIÓN DE SERVICIO (Cornwall, Ontario: 3 de junio de 2014).

2 Shannon E. French. “Warrior Transitions: From Combat to Social Contract.” Joint Services Conference on The Professional Ethics (JSCOPE), 2005. <http://isme.tamu.edu/JSCOPE05/French05.html>.

con las normas civiles.³ La “única esfera moral” que menciona French sostiene que no existe una modificación de las normas morales normativas para las fuerzas armadas.

Las operaciones de mantenimiento de la paz se desarrollan en un contexto tanto lingüístico (mandatos y acuerdos promulgados para establecer, guiar y sostener la misión de mantenimiento de la paz) como cinético (la posibilidad de violencia). Las normas de conducta en las fuerzas armadas profesionales se formulan dentro de un marco operacional de responsabilidad ilimitada, vale decir, el riesgo de vida que se asume al seguir las órdenes legítimas⁴. A su vez, la responsabilidad ilimitada está asociada con una obligación recíproca del liderazgo institucional, conocida como responsabilidad fiduciaria, que se define como la prevención de daños innecesarios a los subordinados al asegurarse de que ellos reciban el entrenamiento y equipamiento necesarios para desempeñar sus deberes. Esta responsabilidad incluye los recursos de apoyo y servicios correctos para cuidar de ellos cuando resultan heridos durante su servicio.⁵ Además, contempla las operaciones que involucran el encuentro con niños que tal vez participan en las fuerzas de las partes en conflicto.

Jonathan Shay resume el fundamento de una gramática moral cuando describe a las fuerzas armadas como “una construcción social definida por expectativas y valores compartidos”, lo que se refleja en factores como las normativas, las órdenes, la estructura, la disciplina y las tradiciones.⁶ Una gramática moral creada a partir de la dinámica de responsabilidad ilimitada y responsabilidad fiduciaria debe ser capaz de dos cosas: reconocer la intersección de los valores y las normativas morales y militares, y facultar al testigo (el narrador) de quienes resultan dañados en operaciones durante el cumplimiento de las órdenes. Las historias que surgen del trauma no solo ayudan a generar una comprensión de lo que sucedió y de qué causó el daño, sino que a superar la pérdida al mencionar la transgresión y criticar tales acciones que ocasionaron el daño físico, psicológico o moral a las tropas. Además, pueden dirigir la atención hacia aquellas situaciones en que es necesario modificar los procedimientos operativos estándar (SOP, por sus siglas en inglés), incluso en el encuentro con niños.

Joseph Wiinikka-Lydon afirma que los daños morales resultantes del servicio militar no son solo personales, sino que también políticos, considerando el contexto político inherente de sus causas y del poder institucional de las fuerzas armadas para imponer una conducta y acciones específicas.⁷ El problema con los daños psicológicos y morales es que ellos no se

3 French. 2005.

4 *The Canadian Armed Forces Ethos - Trusted to Serve*. www.canada.ca/en/department-national-defence/corporate/reports-publications/canadian-armed-forces-ethos-trusted-to-serve.html. 34.

5 *Ethos - Trusted to Serve*, 34.

6 Jonathan Shay. *Achilles in Vietnam: Combat Trauma and the Undoing of Character* (Nueva York: Scribner, 1994), 5, 6.

7 Joseph Wiinikka-Lydon. “Moral Injury as Inherent Political Critique: The Prophetic Possibilities of a

suelen evidenciar de manera inmediata y, una vez que se reconocen o surgen los síntomas, puede ser difícil atribuirlos en un principio a un evento puntual o a una dinámica de poder, especialmente si el veterano no es capaz de hablar de lo que pasó. El desafío para los soldados afectados es que con frecuencia deben contar su historia varias veces a fin de acceder a los recursos de salud y servicios de apoyo adecuados. Como la herida moral implica una crítica inherente a lo que “fracasó”, incluidos los sistemas y las estructuras institucionales, contar esa historia puede llevar a que la credibilidad de la persona sea cuestionada, lo que constituye una prueba mucho más compleja cuando el trauma influye en el lenguaje y en la narración de la secuencia de eventos. Mencionar los fracasos personales o institucionales en la misión o la deficiencia de las estructuras organizacionales puede agravar el riesgo para quienes alzan la voz, pues los puede hacer parecer como insubordinados y darles la impresión de que tienen mucho que perder por haberse atrevido a denunciar la traición y el fracaso.

El hecho es que los soldados y los efectivos de mantenimiento de la paz están, literalmente, en las manos de su cadena jerárquica.⁸ Esta dependencia incluye la necesidad de contar con las herramientas adecuadas para la misión: Normas de combate contextualmente relevantes, evaluaciones realistas de las amenazas y entrenamiento específico para la misión. Cada uno de estos recursos desempeña un rol fundamental en mantener a las tropas informadas, alertas y empoderadas en las misiones donde el enfoque principal no está en el uso de la fuerza, sino que en la intervención, la denuncia y la observación pacíficas. Kaethe Weingarten ilustra la importancia de una gramática moral en su descripción de las cuatro posiciones posibles para ser testigo de hechos de violencia mediante la dinámica del conocimiento y el empoderamiento: Posición 1: informado y empoderado; Posición 2: no informado, pero empoderado; Posición 3: no informado ni empoderado; y Posición 4: informado, pero no empoderado.⁹

Un efectivo de mantenimiento de la paz desplegado en el marco de una misión de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas espera desempeñarse de manera eficaz y competente, es decir, al contar con entrenamiento, experiencia, rango o posición, así como conocer las Normas de combate formales, puede prever razonablemente que ocupará la Posición 1, *informado y empoderado*, para desempeñar sus tareas como un agente eficaz y competente. Un liderazgo eficaz y recursos de apoyo adecuados antes, durante y después de cada acción son componentes fundamentales para evitar la Posición 2, *no informado, pero empoderado*, que puede dar lugar a prácticas cuestionables; la Posición 3, *no informado ni empoderado*, que puede dar lugar al abandono de tareas; y la Posición 4, *informado, pero no*

New Term,” *Political Theology* 18:3 (2017). <https://doi.org/10.1080/1462317X.2015.1104205> .

8 Shay, *op.cit.*, 11f.

9 Kaethe Weingarten, *Common Shock: Witnessing Violence Every Day* (Nueva York: New American Library, 2003), 95.

empoderado, donde es más probable que se produzca estrés postraumático.¹⁰ Sin embargo, la presencia de cualquier menor de edad en un área de operaciones puede afectar la capacidad del efectivo de mantenimiento de la paz de mantener la Posición 1, incluso si este no está asociado a ninguna de las partes en conflicto.

En Ruanda, el uso de niños soldados fue aún más lesivo para las tropas de las Naciones Unidas, pues las puso en la que podríamos denominar Posición 5: *informadas, pero sin ningún poder*. Los niños soldados no aparecen de la nada. Ellos son involucrados en un contexto previsto para privar de poderes a los actores de seguridad y para fomentar la falta de confianza en uno mismo y la vergüenza resultante de creer que no existe otra salida más que retroceder cuando se enfrenta a un niño o a un joven armado. Es esta dinámica la que *Los Principios de Vancouver* pretenden desbaratar y corregir al garantizar que los efectivos de mantenimiento de la paz puedan permanecer informados y empoderados durante la misión y después de ella, así como establecer que los menores de edad son sometidos a daños de manera indiscriminada.

La propuesta de Wiinikka-Lydon para una definición de herida moral reconocer que sus causas se extienden más allá de las normas de combate hasta la institución que ejerce el poder.¹¹ Cuando la conducta moral se entiende principalmente como obediencia a un conjunto de reglas o a una autoridad superior, esta no solo rompe su relación con el carácter y las consecuencias,¹² sino que también crea una cultura organizacional que es incapaz de reconocer la necesidad que tiene el soldado de perdonarse a sí mismo y a los demás por haber seguido órdenes ajustadas al sistema normativo. Susan Brison concuerda con esto afirmando que se debe a que el punto de partida de la ética militar se inclina hacia aspectos externos de estrategia y justicia sin considerar la experiencia de los soldados.¹³

Los argumentos de Wiinikka-Lydon y Brison que respaldan la consideración de la experiencia de los soldados como un punto de partida adicional de la ética militar enfatizan el precepto fundamental de *Los Principios de Vancouver*: la necesidad moral y política de proteger a los niños en situaciones de conflicto al facultar a los efectivos de mantenimiento de la paz. *Los Principios de Vancouver*, al dar por sentada la vulnerabilidad de los niños así como la responsabilidad legal y moral común de los actores de seguridad del estado para con ellos, no admiten presunciones de inocencia ni de demonización de los niños afectados por la guerra. En lugar de ello, dejan un margen para las complejidades y los dilemas que surgen de su presencia activa. Por consiguiente, también pueden ofrecer una base para un vocabulario y

10 Weingarten, op.cit.; y Deborah van DeusenHunsinger, *Bearing the Unbearable: Trauma, Gospel, and Pastoral Care* (Grand Rapids, Michigan: Editores William B. Eerdmans, 2015), 26-29.

11 Wiinikka-Lydon, 221.

12 Wiinikka-Lydon, 221.

13 Susan J. Brison, *Aftermath: Violence and the Remaking of a Self*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2002, 26.

una gramática capaces de generar una comprensión compartida de los riesgos para los niños en un conflicto, así como de los riesgos que ellos plantean para otras partes, incluidos los efectivos de mantenimiento de la paz.

Un lenguaje que apoye y describa estos encuentros debe incluir conocimientos, experiencia y expectativas¹⁴ de los efectivos de mantenimiento de la paz. El lenguaje de *Los Principios de Vancouver* es importante porque las palabras que escogemos y la manera en que las usamos indican lo que vemos y cómo lo interpretamos.¹⁵ El lenguaje constituye un sistema de señales que influye en cómo vemos y entendemos el mundo. La gramática solo formaliza las “reglas” o la manera en que el lenguaje combina palabras en frases e ideas y luego, en principios y pautas.¹⁶ Por sí sola, una gramática no es un conjunto de reglas, sino que una manera acordada de hablar sobre temas que ayudan a formular las perspectivas del mundo que tiene una persona.¹⁷ *Los Principios de Vancouver* ofrecen a los efectivos de mantenimiento de la paz un conjunto de declaraciones orientadoras para sus encuentros con todo tipo de niños y para ayudarles a adaptar sus habilidades en un conflicto **como** una respuesta ética a la presencia de niños soldados. De esta forma, ellos funcionan como la gramática, pues proporcionan un lenguaje claro para apoyar la experiencia de los efectivos de mantenimiento de la paz, incluso si esta puede implicar sufrimiento e información dolorosa.

Los Principios de Vancouver se pueden adaptar en función de nuevas experiencias y entendimiento obtenido de la información que surge durante las operaciones de mantenimiento de la paz. Además, eso les permite abordar el contexto cultural más amplio en que se pueden aplicar, especialmente entre efectivos de mantenimiento de la paz de sociedades occidentales donde la experiencia individual compite con la aplicación de los principios morales para orientar la toma de decisiones.¹⁸ Los principios morales enfatizan la restricción al considerar la dignidad humana de todas las personas necesitadas.¹⁹ Por lo tanto, son necesarios para complementar los principios políticos, incluidas las Normas de combate. “*Los Principios de Vancouver* ofrecen una amplia variedad de respuestas a encuentros con menores de edad durante las operaciones a fin de reducir los daños tanto para los efectivos de mantenimiento de la paz como para dichos menores de edad. De esta manera, el componente moral acompaña los elementos políticos y operativos del documento”. Por ejemplo, el Principio 1 (Mandato) fomenta “la inclusión de disposiciones de protección de menores adecuadas que incluyan la prevención del reclutamiento y uso de niños soldados en todos

14 Trask, 63.

15 R.L. Trask, *Language: The Basics*, 2^{da} ed (Londres y Nueva York: Routledge) 2004. 63.

16 Trask, 63, 27.

17 Trask, 63.

18 Philip S. Keane, *Christian Ethics and Imagination*, (Nueva York: Paulist Press), 1984. 9.

19 Keane, 13.

los mandatos de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas, incluso para operaciones de mantenimiento de la paz regionales”.²⁰ Esta declaración incluye un objetivo político y uno moral, ambos reforzados por el Principio 3 (Advertencia temprana). Cuando las Normas de combate incluyen la protección de menores así como las expectativas de informar y abordar el uso de niños soldados, se neutraliza el efecto silenciador de ser testigo del abuso infantil en las operaciones, incluso del abuso por parte de otros actores de mantenimiento de la paz.

Las operaciones de mantenimiento de la paz reúnen intencionalmente a un grupo de personas que no se conocen entre sí para propósitos políticos definidos claramente con los elementos morales implícitos y explícitos incorporados en el objetivo de las operaciones que está relacionado con mitigar o poner fin a un conflicto. Esta misma dinámica además pone a los efectivos de mantenimiento de la paz en situaciones de gran ambigüedad, donde es posible que la actividad bélica haya cesado recientemente o se haya evitado, pero las tensiones persisten. Como personas responsables de tomar o ejecutar decisiones para el bienestar de los demás, incluso de aquellos grupos más vulnerables al abuso, los efectivos de mantenimiento de la paz constituyen actores morales de los que se espera que utilicen sus excelentes habilidades de guerra para promover la paz en un contexto altamente politizado y muy delicado para las operaciones.

Un enfoque moral del mantenimiento de la paz no es idealista, sino una manera razonable de ir más allá de considerar su impacto en quienes son responsables de esa tarea y quienes son depositarios de sus efectos. Como parte de la responsabilidad fiduciaria, los líderes políticos civiles y los comandantes militares deben asegurarse de que sus tropas estén lo mejor preparadas que sea posible para enfrentar las contingencias propias de las operaciones de mantenimiento de la paz, en especial aquellas que revisten serios matices morales. Como una expresión de esa responsabilidad fiduciaria, *Los Principios de Vancouver* están formulados para basarse en y complementar el marco existente de mantenimiento de la paz y protección de menores, incluidos *Los Principios de París* y las resoluciones pertinentes del Consejo de Seguridad.

Los Principios de Vancouver enfatizan el contexto moral explícito de las operaciones, y los efectivos de mantenimiento de la paz deben estar preparados para activar la imaginación moral. La imaginación moral permite restringir las respuestas reflejas para permitir la consideración de formas de actuar menos dañinas. El reforzamiento de la imaginación moral de los efectivos de mantenimiento de la paz comienza antes del despliegue mediante la provisión de entrenamiento basado en situaciones, el que les otorga la oportunidad de revisar sus propios prejuicios y problemas graves sobre los niños afectados por la guerra antes de sostener un encuentro con ellos. Al incluir gran variedad de roles complementarios en la

20 *Los Principios de Vancouver*. <https://www.vancouverprinciples.com/wp-content/uploads/2017/11/17-204-Vancouver-Principles-Doc-EN-v3.pdf>

definición de niños soldados, las Violaciones graves en contra de los niños ofrecen a todos los participantes de la misión de mantenimiento de la paz un lenguaje común y un marco compartido para comunicar lo que ellos pueden vivir u observar.

Y al establecer de manera explícita el impacto diferencial del conflicto en las niñas,²¹ el lenguaje de Los Principios de Vancouver también prepara a los efectivos de mantenimiento de la paz y a otras organizaciones involucradas para reconocer que lo que puede dar la impresión de ser una práctica cultural o un factor inevitable del entorno puede constituir una grave violación. A su vez, esto refuerza la capacidad de los efectivos de mantenimiento de la paz de considerar un abanico más amplio de respuestas además de las normativas. Para ello, es necesario especificar cómo los Estados miembros pueden entrenar, planificar y describir la conducta de sus fuerzas nacionales en misiones de mantenimiento de la paz al “promover fuertemente” la familiarización con las medidas para la protección de menores y la prevención del reclutamiento y uso de niños soldados. De esta manera, *Los Principios de Vancouver* cierran brechas potenciales en las políticas nacionales y en la doctrina militar y policial en lo que atañe a la presencia y a las actividades de los niños.

Teniendo en cuenta el riesgo extraordinario de la herida moral que plantean las operaciones de mantenimiento de la paz donde los no combatientes, incluidos los niños, también están expuestos a amenazas, *Los Principios de Vancouver* proporcionan un lenguaje y un conjunto de circunstancias útiles para preparar a los efectivos de mantenimiento de la paz para lo que van a enfrentar. Al establecer claramente lo que constituye delitos en contra de los niños, las Violaciones graves permiten a los efectivos de mantenimiento de la paz asignar un nombre a lo que ven o aprenden gracias al uso de un conjunto compartido de términos:

1. asesinato y mutilación de niños;
2. reclutamiento y uso de niños como soldados;
3. violencia sexual en contra de los niños;
4. secuestro de niños;
5. ataques a escuelas y hospitales;
6. denegación de acceso humanitario a los niños.²²

Las Violaciones graves reconocen los problemas específicos que presentan todos los niños en zonas de conflicto y demuestran que los Estados Miembros tienen el compromiso de procesar a los perpetradores por el maltrato de todos los niños. Esto además ayuda a garantizar que los efectivos de mantenimiento de la paz reconozcan y sean capaces de actuar de acuerdo con las

21 *Los Principios de Vancouver*, párrafo 8 del prólogo. www.vancouverprinciples.com/wp-content/uploads/2017/11/17-204-Vancouver-Principles-Doc-EN-v3.pdf

22 “About the Vancouver Principles On Preventing the Use and Recruitment of Child Soldiers,” FN. www.vancouverprinciples.com/about/

responsabilidades morales de los fuertes respecto a los débiles, ayudando a reducir tanto los delitos en contra de los niños como los daños para su propio personal.

Los Principios de Vancouver tienen el propósito de garantizar que se tome en serio a los testigos que acuden a los efectivos de mantenimiento de la paz. Además, reconocen la posibilidad de que los niños afectados por la guerra se conviertan en ciudadanos responsables en el futuro. Esta aceptación de la responsabilidad de fomentar un futuro mejor es reflejo del fundamento del mantenimiento de la paz como acción moral. Los efectivos de mantenimiento de la paz desempeñan un rol muy importante como protectores de los futuros ciudadanos y líderes; ellos deben estar facultados para cumplir con su deber de evitar que generaciones de niños se pierdan en el espiral de la violencia.

La respuesta moral que facilitan *Los Principios de Vancouver* tiene un papel muy importante en asignar un nombre a los sucesos y apoyar, e incluso ejecutar, la respuesta común y la rendición de cuentas en lo referente a proteger a los niños y a los jóvenes antes, durante y después de un conflicto. Los puntos focales de la protección de menores (Principio 4) ayudan en y refuerzan la interoperabilidad en las misiones de mantenimiento de la paz gracias a que optimizan la cooperación entre los diversos actores estatales y organizaciones no gubernamentales en la zona. Su existencia no solo es una posible fuente de esperanza y consuelo para los niños, sino que también un recurso de apoyo para el bienestar mental y moral de los efectivos de mantenimiento de la paz que saben que existen refugios seguros para proteger a los niños. La inclusión de la salud mental (Principio 13) consolida todos los Principios como componentes morales y comunes de la responsabilidad fiduciaria de los mandos. Priorizar la salud mental del personal de mantenimiento de la paz tanto en el desarrollo de la misión como después y apoyar, la investigación del trauma asociado a los encuentros con niños afectados por la guerra, son medidas que permiten reconocer que su experiencia en operaciones es importante para su cadena jerárquica, sus gobiernos y la sociedad en general. Este reconocimiento constituye un logro significativo si consideramos la vergüenza y el oprobio del que han sido víctimas los veteranos que han sufrido daños psicológicos en el pasado.

Los Principios de Vancouver además ofrecen aliento a quienes participan en misiones de mantenimiento de la paz como responsables del bienestar de los demás, como los comandantes, los capellanes y los profesionales de salud mental. Al proporcionar un lenguaje y un conjunto definido de términos comunes, *Los Principios de Vancouver* ayudan a transformar las aspiraciones e ideas políticas y morales en términos concretos, pues otorgan una forma lingüística a la realidad observada y establecen una base común para identificar la presencia y las actividades de niños soldados y de otros niños afectados por la guerra. La vulnerabilidad de los niños y jóvenes que los efectivos encuentran durante las operaciones implica responsabilidades, no solo para con los menores, sino que también para con sus familias y comunidades. Como se centran en la vulnerabilidad de los niños en lugar de cuestionar

su inocencia, *Los Principios de Vancouver* establecen un marco útil para los encuentros con menores durante las operaciones porque destacan el rol y la responsabilidad de los efectivos de mantenimiento de la paz y de otros actores del ámbito de seguridad como profesionales entrenados y equipados para tales encuentros.

Hay problemas que persisten para algunos actores del ámbito de seguridad y veteranos. Muchos de quienes necesitaron pedir permiso a sus padres para unirse a las Fuerzas Armadas Canadienses debido a su edad afirman que un niño soldado es solo un soldado más. Otros deben lidiar con la culpa enorme de haber priorizado la protección personal durante un encuentro con un niño armado. *Los Principios de Vancouver* no pretenden analizar la inocencia moral de ningún grupo específico de niños, así como tampoco anular el derecho de autodefensa de los efectivos de mantenimiento de la paz. En lugar de ello, el enfoque está en la vulnerabilidad de todos los menores en zonas de conflicto, de manera coherente con la teoría de la Guerra justa, que reconoce que los niños soldados actúan sometidos a una coacción enorme e incluso, “inaguantable”.²³ La teoría de la Guerra justa contemporánea también reconoce que, mientras mayor es el niño soldado, más considerable es su supuesta capacidad de discernir entre el bien y el mal, incluso aunque no sea una capacidad típica de un adulto.²⁴

Como principios para las operaciones de mantenimiento de la paz y como un marco de orientación para otras operaciones, Los Principios de Vancouver contemplan “una brecha crítica en las políticas y en la doctrina militar y policial”.²⁵ Las Violaciones graves incluyen los roles complementarios y de explotación que desempeñan los niños, incluso para fines sexuales, es la manera de reconocer que los efectivos de paz cumplen un papel fundamental en la prevención de tales abusos. Facultar a los efectivos de mantenimiento de la paz para que intervengan con eficacia cuando los niños son víctimas de abuso ayuda a reducir la gran carga que implica ser testigo del maltrato de niños y jóvenes. Para numerosos soldados, ya es muy difícil describir muchas de las cosas que ven o en las que participan; contar con estructuras que aborden los sucesos que ellos informan permite a los efectivos de mantenimiento de la paz mantenerse en la posición de testigo Empoderado e informado, que es la más favorable para un desempeño eficaz y para limitar la herida moral.

Las emociones morales son el núcleo de la herida moral. Para tratar el daño, se necesita terapia, pero eso no basta. Las personas afectadas por daños morales también necesitan una comunidad capaz de ayudarlas a integrar una nueva comprensión de su experiencia y del contexto en que ella las afectó.²⁶ Estas son tareas interpersonales, comunales e incluso, políticas, que dependen

23 Jeff McMahan. *Killing in War*. Oxford; Clarendon Press, 2009. 201.

24 McMahan, 201.

25 <https://www.vancouverprinciples.com/about/>

26 Serene Jones, *Trauma and Grace: Theology in a Ruptured World*, Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 2009. 54.

de la eficacia del lenguaje. El lenguaje sirve para transmitir información, establecer y mantener relaciones con los demás y compartir experiencias y emociones.²⁷ *Los Principios de Vancouver* no solo ayudan a los efectivos de mantenimiento de la paz a prepararse para el encuentro con niños y jóvenes durante una misión, sino que les proporcionan un lenguaje reconocido internacionalmente para expresar sus experiencias, tanto positivas como negativas.

Dorothee Soelle escribe sobre la importancia del lenguaje para restablecer la comunicación después de una experiencia compleja o traumática.²⁸ Bernard Verkamp afirma que los soldados afectados necesitan el contacto con otras personas, no autonomía ni privacidad.²⁹ Serene Jones señala que el rol de dicha comunidad no es explicar el dolor del otro sino que ser testigo de la posibilidad de encauzarlo para un mejor fin.³⁰ Cada una de estas perspectivas reconoce que no basta solo con contar la propia experiencia; también debe existir una respuesta intencional y comprometida a ella. Durante los años noventa, numerosos efectivos de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas descubrieron que no podían evitar las atrocidades por mucho que se esforzaran, ya sea para intervenir o para exigir Normas de combate más coherentes. Quienes participaron en las misiones en Ruanda experimentaron un “fracaso” debido a que la relación entre sus intenciones y acciones se vio cercenada por la prohibición de actuar que emitieron las autoridades políticas de más alto nivel.³¹

Las iniciativas para abordar los posibles efectos psicológicos y morales de las operaciones en los efectivos de mantenimiento de la paz reconocen que ellos sufren culpa y vergüenza debido a numerosas cosas que pueden haber hecho durante las operaciones, particularmente las cosas que hicieron o dejaron de hacer que tuvieron como consecuencia el fallecimiento de niños y no combatientes.³² La culpa y la vergüenza son emociones morales importantes.³³ Verkamp menciona la necesidad de analizar la propia conducta “a la luz de un estándar moral que trascienda a los propios sentimientos subjetivos” y la importancia de proporcionar a los efectivos de mantenimiento de la paz acceso a una comunidad de experiencias compartidas, donde puedan aprender que la culpa que llevan sobre los hombros no es solo suya.³⁴ Es por este motivo que *Los Principios de Vancouver* constituyen un componente necesario de las operaciones de mantenimiento de la paz: ellos ayudan a estructurar un marco moral para

27 Trask, 138

28 Dorothee Soelle, *Sufrimiento*, traducido por Everett R. Kalin, (Filadelfia: Fortress Press), 1975, 70.

29 Bernard Verkamp, *The Moral Treatment of Returning Warriors in Early Medieval and Modern Times* (Scranton: University of Scranton Press, 2006). 97.

30 Jones, 52, 53.

31 Jones, 111.

32 Mark Baker, *NAM: The Vietnam War in the Words of the Men and Women Who Fought There* (1981), citado en Verkamp 61.

33 Verkamp, 62.

34 Verkamp, 97.

la interacción con niños soldados, por el bien de los niños, por el bien de los efectivos de mantenimiento de la paz y por el entorno social en que son desplegados.

En última instancia, esto es un riesgo político. *Los Principios de Vancouver*, al igual que otras comunicaciones importantes, tienen dos fuentes de sentido: su contenido y su contexto.³⁵ El contexto de las operaciones de mantenimiento de la paz es siempre político. El argumento de Wiinikka-Lydon para reconocer la posible crítica política inherente al daño moral abre posibilidades para la ética y para la política del mantenimiento de la paz.³⁶ Yo añadiría que, además, anima al ejército a ayudar a profesionales y líderes a actuar de manera proactiva cuando planifican nuevas operaciones o nuevos despliegues. La herida moral no solo es una consecuencia de seguir o quebrantar las reglas; es un daño a la visión que uno tiene del mundo, a las creencias más profundas sobre el bien y el mal y al propio sentido de identidad como un agente moral eficaz.

Como los efectivos de mantenimiento de la paz se desempeñan en operaciones que implican varios objetivos operacionales y políticos, sus daños morales tienen un componente institucional y también, uno individual. *Los principios de Vancouver* pueden ayudar a los efectivos de mantenimiento de la paz a mitigar parte de sus heridas morales al convertirlos en testigos activos de los actos indebidos y apoyar las expectativas de responsabilidad. *Los Principios de Vancouver*, como ofrecen una nueva comprensión y nuevos procesos para abordar los encuentros con niños durante las operaciones, pueden mitigar las transgresiones a la legislación internacional y a la integridad moral de los efectivos de mantenimiento de la paz.

Como señaló Wiinikka-Lydon, reconocer las condiciones que producen daño moral de la violencia política y las atrocidades es reconocer los límites de las facultades de los efectivos de mantenimiento de la paz.³⁷ No obstante, existe una facultad potente en el cumplimiento del propio deber de mantenerse firme y actuar como testigo como parte de las operaciones de mantenimiento de la paz. Dicho testigo no acepta las atrocidades ni el uso de niños soldados, así como su posición tampoco es una limitación pasiva impuesta por las Normas de combate, sino que un reconocimiento de que un testigo crítico empoderado, que surge de las consecuencias de un entorno social y una política exterior imperfectos, igual puede desempeñar un rol central en fomentar los cambios futuros. *Los Principios de Vancouver* son un recurso de ayuda que fortalece los lazos entre los efectivos de mantenimiento de la paz y la cadena jerárquica, la responsabilidad fiduciaria y la cooperación con otros actores en la zona de la operación. Estos principios además pueden consolidar el pacto entre los efectivos de mantenimiento de la paz y la comunidad civil a la que sirven, así como el compromiso recíproco de que esa misma comunidad debe ayudarlos a proteger la inocencia de los niños afectados por la guerra.

35 Trask, 124.

36 Wiinikka-Lydon, 3.

37 Wiinikka-Lydon, 13